



COLECCIÓN *In diebus Illis*

Volumen XIII

DIRECCIÓN

Julio Sánchez Rodríguez

RETRATO DEL AUTOR

Roberto Miranda

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Claudia Gaviño Mariz

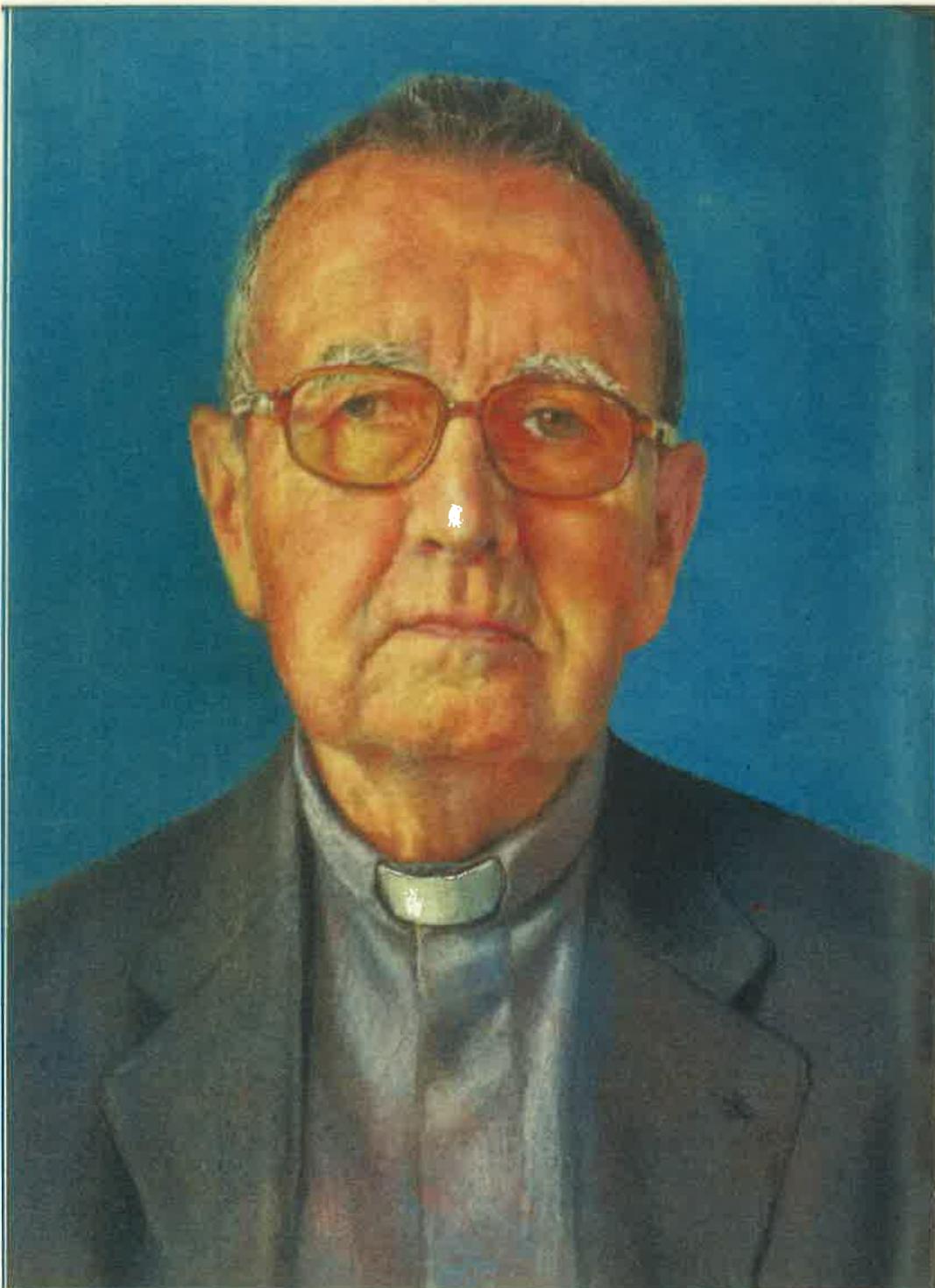
IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Litografía Drago S. L.

Depósito Legal

TF-154-2020

VIDA, VEJEZ Y MUERTE
LA RIQUEZA DE LOS AÑOS



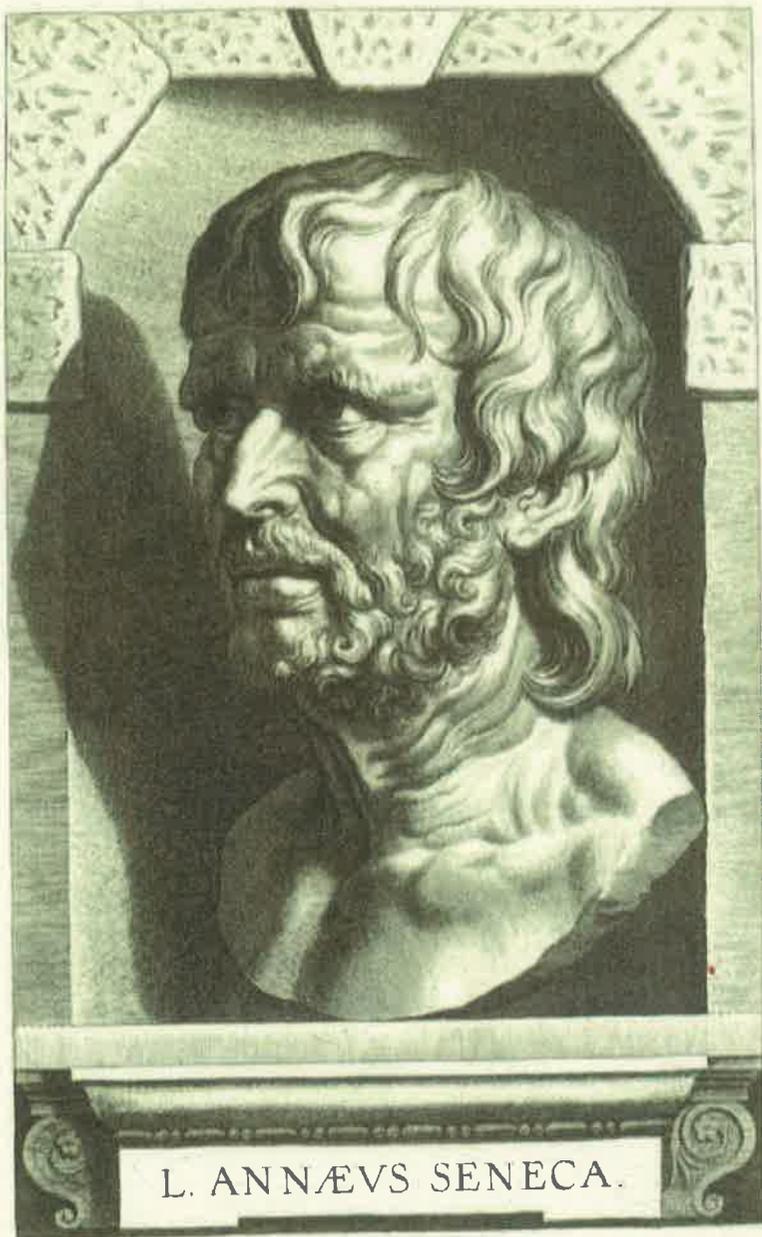
Julio Sánchez Rodríguez

VIDA
VEJEZY
MUERTE

LA RIQUEZA DE LOS AÑOS

Las Palmas de Gran Canaria

2020



CORNELIO GALLE: *Lucio Anneo Séneca*. Ca. 1615. Col. particular. Tenerife

La vejez no es una enfermedad, es un privilegio.

PAPA FRANCISCO

La muerte me sigue, la vida me huye... escribió Lucio Anneo Séneca en el capítulo XLIX de *Cartas morales a Lucilio*.

El 31 de marzo de 2020 cumplí ochenta años y me ha venido a la memoria esta sentencia, más que frase, del filósofo cordobés y ciudadano romano. En el capítulo reseñado, que lleva por título «La vida es breve», profundiza Séneca en su sentencia con estas reflexiones:

Haz que yo no huya de la muerte y que la vida no se me escape [...]. Procúrame exhortaciones contra los males inevitables; ensancha las

angosturas de mi tiempo. Enséñame que el bien de la vida no radica en su extensión, sino en su uso, y que harto puede acontecer, y muchas veces acontece, que el que haya vivido mucho haya vivido poco [...]. No en todas partes se nos muestra la muerte igualmente vecina, pero en todas partes es igualmente vecina.

Añade el filósofo *que es cosa egregia aprender a morir*. Jesucristo, por su parte, dijo: *Estén preparados porque no saben ni el día ni la hora*. Pero, ¿cómo aprendemos a morir? ¿Cómo nos preparamos para la muerte? El propio Séneca nos va desgranando consejos útiles para ello:

Cuenta tus años y te avergonzarás de querer hacer las mismas cosas que anhelabas de niño, de tener los mismos proyectos [...]. Sólo la virtud nos procura un goce perpetuo y seguro [...]. He aquí el don de la filosofía: mostrarse sonriente a la vista de la muerte, fuerte y alegre

ante cualquier situación del cuerpo, sin mostrar desfallecimiento aunque el cuerpo desfallezca [...].

Citando a Basso expone:

es tan necio temer la muerte como temer la vejez, pues así como la vejez sigue a la juventud, la muerte sigue a la vejez; quien no quiere morir no quiere vivir. Ya que la vida nos ha sido dada bajo la condición de la muerte y a la muerte nos conduce [...]. Hay quien va a la muerte airado, pero sólo la recibe con una sonrisa aquel que se ha preparado largo tiempo para semejante trance [...]. En la hora postrera no temblaré, estoy preparado para ella, nunca aguardo pasar un día entero [...]. Antes de llegar a viejo procuraba vivir bien; en la vejez procuro morir bien, y morir bien es morir de buen grado [...]. Bien saciado de vivir, aguardo la muerte [...]. Procuremos que, como las



ANÓNIMO: *Victor Hugo*, 1874. *La Ilustración Española y Americana*

cosas de gran precio, nuestra vida no sea grande en extensión, sino en valor. Midámosla por las obras, no por la duración [...]. No he dejado de considerar ningún día como el último.

Abro la Biblia y leo en el Salmo 90, versículo 10:

Los años de nuestra vida son unos setenta u ochenta, si hay vigor; mas son la mayor parte trabajo y vanidad, pues pasan presto y nosotros nos volamos.

¿Setenta u ochenta años? Más optimista se muestra el autor del libro del Eclesiástico, cuando escribe en el capítulo 18, versículo 9: *El número de los días del hombre mucho será si llega a los cien años.* En todo caso, he llegado a la vejez, la última etapa de mi vida. La muerte, pues, me sigue.

Victor Hugo, en *Los miserables*, afirma:

Mezclar con la vida alguna idea de la muerte, es la ley del sabio; mas también es la ley del asceta: ambos convergen en este punto [...]. Creemos que conviene a los vivos un perpetuo recuerdo de la tumba; y en este punto el sacerdote y el filósofo están de acuerdo: Morir tenemos.

Y como creyente escribió:

Parece que la habitación del hombre participa de su brevedad, y la casa de Dios de su eternidad [...]. La muerte es la entrada en la gran luz.

Nuestro gran escritor el novelista Benito Pérez Galdós, en *Misericordia*, ironiza con la muerte. En el capítulo primero, relata que en un día gélido, al llegar a la iglesia de San Sebastián de Madrid don Carlos Moreno, hombre piadoso y limosnero, ve en la puerta de entrada al pobre ciego llamado Pulido pidiendo limosna y le dice: *¿Por qué no te vas adentro?* Pulido le respondió: *Yo soy de bronce,*



F. BADILLO Y A. CARRETERO: *Benito Pérez Galdós*, 1883.
La Ilustración Española y Americana

señor don Carlos, y a mí ni la muerte me quiere.
Con qué maestría y realismo «retrata» Galdós a los que él llama «Intrépidos soldados de la miseria» cuando hablan de la vida y de la muerte. En el capítulo VI, la criada Benina o Nina le comenta a su señora:

¿Quién piensa en la muerte? Eso, no; yo me encuentro muy a gusto en este mundo fandanguero, y hasta le tengo ley a los trabajillos que paso. Morirse, no.

Y cuando su señora le dice que no tiene vergüenza, ni decoro, ni dignidad, Nina le responde:

Yo no sé si tengo eso; pero tengo boca y estómago natural, y sé también que Dios me ha puesto en este mundo para que viva y no para que me deje morir de hambre.

Ciertamente, esta es la filosofía y la fe de los pobres.

¡Con qué espantoso realismo pintó Goya a Saturno o Cronos, el dios del tiempo, devorando a uno de sus hijos! Rubens también pintó la misma escena. Ambos cuadros están en el Museo del Prado.



V. LÓPEZ: Francisco de Goya. 1825. Museo del Prado



FRANCISCO DE GOYA: *Saturno devorando a su hijo*. 1819/1823. Museo del Prado. Madrid



PEDRO PABLO RUBENS: *Saturno devorando a su hijo*. 1636. Museo del Prado. Madrid

Sin este dramatismo, en el Museo de Arte Sacro de Las Palmas de Gran Canaria se expone el retrato de don Nicolás Viera y Clavijo, canónigo, hermano de don José Viera y Clavijo, arcediano de Fuerteventura y de la poetisa María Joaquina Viera y Clavijo. La lectura del retrato de don Nicolás, obra del artista tinerfeño José Rodríguez de la Oliva, ha dado lugar a diversas interpretaciones y especulaciones sobre su personalidad. Se dice que vivió atormentado por la muerte, lo que explica el reloj que lleva en la mano. No es lo que expresa precisamente el retrato. Su rostro no es el de una persona atormentada, sino serena y reflexiva. Recuerda más bien al salmista de la Biblia cuando suplica: *enseñanos a calcular nuestros días para que lleguemos a tener un corazón sensato*, Salmo 89,12. Desde una perspectiva creyen-

A la derecha: JOSÉ RODRÍGUEZ DE LA OLIVA: *Don Nicolás de Viera y Clavijo*, 1763. Museo Diocesano de Arte Sacro. Las Palmas de Gran Canaria



te y trascendente, el reloj como instrumento que mide el paso del tiempo, tiene un significado diferente. Nos advierte constantemente que nuestra vida en este mundo es limitada y caduca, por lo que debemos poner nuestro corazón en lo eterno. Es lo que manifiesta don Nicolás en su testamento:

Digo que por cuanto me halló rodeado de habituales accidentes, y por lo mismo temeroso de la muerte, como cosa natural a toda viviente criatura; por tanto deseoso de que cuando llegue aquel tremendo lance mi espíritu se halle desocupado de todas las cosas percederas, y se emplee solo en lo eterno, creyendo como verdaderamente creo en el sacro santo misterio de La Santísima Trinidad [...].

Con palabras más filosóficas, el tiempo es como un fluido que no se puede detener, atrapar.

Los santos, místicos y poetas cantan a la muerte con otra mirada. San Francisco de Asís, en el «Cántico a las criaturas» la llama hermana:

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

Santa Teresa de Jesús deseaba la muerte en su hermosa Glosa: *Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero.* José Luis Descalzo en *Testamento del Pájaro Solitario*, estando en el lecho del dolor, escribió:

*Morir es solo morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva. Es cruzar una puerta a la deriva y encontrar lo que tanto se buscaba.*

El ilustre sacerdote grancanario don Joaquín Artiles, pocos días antes de su muerte dejó escrito, como testamento espiritual, el poema «Morir sin ruido», cuya última estrofa dice así:

Yo quisiera, Señor, poder dormirme en tu paz y en tu gracia sin ruido y a hurtadillas, sin trauma y sin alarma. Y no, Señor, de noche, ¡no quiero entrar sin tu luz en tu morada!

El padre Pedro Fuertes en su reciente libro de poemas *Casi Canto*, dedica uno a la muerte titulado «Cuando me llamas», que en su primer verso dice:

Así, despacio, atándome a ti, aprendo mi muerte como un viaje lento que anuncia la presencia golpeada del misterio.

También los directores y actores de cine han reflexionado sobre la vejez y la muerte. El inolvidable director sueco Ingmar Berg-

man, fiel a la corriente existencialista de la época, en *El séptimo sello*, representa a la muerte con un personaje que lleva una capa negra, acompañando discretamente al caballero cruzado que camina hacia Tierra Santa a luchar para recuperar los Santos Lugares. La Muerte le reta a jugar una partida de ajedrez. El caballero le pide una oportunidad y se la concede. Llega a su destino y lucha varios años, regresando sano y salvo a su casa, convencido de haber ganado la partida a la Muerte. Pero esta le advierte que falta la última jugada y le da el jaque mate. La película termina con la macabra danza de la Muerte, con su guadaña y reloj de arena, con todos los actores cogidos de la mano, que marchan hacia la oscuridad.

El actor Anthony Hopkins declaró recientemente en la revista *XI Semanal* [diciembre, 2019]:

Me vence la vejez. Siento un nudo en la garganta al decirlo, pero no es que esté triste [...]. La vida es así.

Y añade:

No soy una persona religiosa, pero sé que en mi vida hay algo más profundo ¡Dios! Llegará el día en que todo esto acabará. Y no sabemos que viene después. Y me parece maravilloso ¡No lo sabemos!

Por su parte, el actor Miguel Ángel Muñoz, en la revista *Magazine* [octubre, 2019], afirmó:

Cuando uno se muere, todo se resuelve [...]. No sé el qué, pero me parece que la vida es tan mágica y perfecta que no puede acabar una vez se paren el corazón y las constantes vitales. No sé decir lo que hay, pero sí que el alma nunca muere.

En los últimos años nos han importado a nuestro país la fiesta de *Halloween*. Se pretende

con ello, además de montar un negocio de venta de vestidos macabros, calaveras y máscaras, representar una parodia o imitación burlesca de la muerte. Ignoran los participantes que en sus bailes y diversiones, a veces desenfrenadas, están acompañados de la Muerte, que irremisiblemente, pronto o tarde, invitará a todos y cada uno a bailar la última danza que los llevará a la oscuridad o fin de esta vida.

Los niños también sueñan y juegan con la muerte. Alonso Quesada en su obra *La Umbria*, lo narra admirablemente. El niño Carlos le dice al oído a su hermano Gabriel, que estaba enfermo en cama:

Hermano, hermanito, mejor es no llegar a hombres. Ahora que no sabes nada es más seguro y más dulce venir. La muerte no es sino un juguete enorme. Es un niño como nosotros. Nos esconderemos en las cuencas cavadas, en la gruta



sombria de la boca, como en la montaña en los días felices... ¡Mejor es no llegar a hombres!

Y como mejor colofón, Miguel de Cervantes y su *Don Quijote de la Mancha*. Cuando Don Quijote regresó a su casa, frustrado y fracasado, después de recuperar la cordura, su único deseo fue prepararse para la muerte, y acostándose en la cama exclama: *Siento que me voy muriendo a toda prisa*. Mandó llamar al confesor, quien al salir aseveró que había recuperado la cordura y, por tanto, estaba en disposición de dictar testamento ante escribano. Al iniciar la declaración de su última voluntad, le interrumpió su fiel escudero Sancho y le manifestó llorando este sabio consejo:

No se muera, vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años: porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más [...].

A la izquierda: GUSTAVO DORÉ: Ilustración para *El Quijote*. 1863, Hachette. París